

Errores botánicos de Plinio señalados por Leoniceno

JOSE MARIA VALDERAS

Abstract

VALDERAS, J. M. (1990). Botanical errors in Plinius signaled by Leonicenus. *Collect. Bot. (Barcelona)* 18: 117-138.

Nicoló Leonicenus, humanist and physician, became the center of a polemic on the errors of Plinius that, at the end, eroded the confidence that still was posed on Plinius until the late XV century. Though Leonicenus claimed that he was guided only by the desire of helping the young physicians in those aspects related to health and life that were menaced by the historical inertia of the errors, his antagonists tried to bound him to terminological or textual aspects. What those errors are? Which are the methods employed by Leonicenus in revealing them, and on which botanical foundations? Those are the questions that we pretend to solve.

Keywords: Leonicenus, Plinius, History of Botany.

Resumen

VALDERAS, J. M. (1990). Errores botánicos de Plinio señalados por Leoniceno. *Collect. Bot. (Barcelona)* 18: 117-138.

Nicoló Leoniceno, médico humanista, se convirtió en el centro de una famosa polémica sobre los errores de Plinio, que, a la postre, terminaría por minar la confianza que en él seguía manteniendo hasta finales del siglo XV. Aunque Leoniceno profesaba que sólo le guiaba ayudar a los médicos jóvenes en aquellas cuestiones pertenecientes a la salud y la vida que se veían amenazadas por la inercia histórica de los errores, sus antagonistas quisieron confinarle en el terreno terminológico o de traducción textual. Pero, ¿cuáles eran esos errores? ¿Qué métodos emplea en desvelarlos? ¿Cuál es el fundamento botánico? A estas preguntas pretendemos dar respuesta.

Palabras clave: Leoniceno, Plinio, Historia de la Botánica.

Introducción

No debiera sostenerse ya a estas alturas de la investigación sobre el Renacimiento que sus protagonistas quedaron atrapados por el hechizo de la palabra, de la palabra hermosa y culta a un tiempo, que les veló el concepto y el objeto a que remitía. Eugenio Garin lo ha demostrado a propósito de Angelo Poliziano¹. Lo propio intentaremos probar en el caso de

Nicolò Leonicensino (Vicenza, 1428-Ferrara, 1524) y sus disquisiciones botánicas, de las que se aprovecharon, entre otros, Jean Ruel, Conradus Gessner, Leonhart Fuchs, Andrea Mattioli, nuestro Laguna, García d'Orta, etcétera.

De acuerdo con los escasos datos que poseemos², tuvo por maestro de humanidades a Ognibene de' Bonisoli en su Vicenza natal. Pasó luego a Padua, donde estudió filosofía y medicina; allí volvería, en 1462, para enseñar quizá, tarea que sí desempeñó, desde 1464 y hasta el final de sus días en Ferrara, con la salvedad del curso dictado en Bolonia (1508-1509). Son los años inmediatos tras el Concilio de Florencia-Ferrara, con la emigración en masa de intelectuales bizantinos que giran en torno a la figura imponente del Cardenal Bessarion; supone la aportación en bloque del legado helenista en sus dos vertientes —aristotélica, con las obras biológicas del Estagirita ya individuadas y glosadas en las enseñanzas de filosofía natural que imparten dominicos y menores, y platónica⁻³. En Ferrara, Leonicensino enseñó matemática, filosofía griega y medicina, por este orden. Su penetración en las dos primeras áreas podemos inferirla de las referencias directas o indirectas extraídas de su obra médica, dominio en el que no se prodigó como autor, aunque sí como traductor. En 1497 da a la imprenta su tratado sobre la sífilis o mal francés: *Libellus de epidemia, quam vulgo morbum gallicum vocant*⁴, y, quizá, *De tiro seu vipera* y *De dipsade et pluribus aliis serpentibus* (ca. 1497, Venecia), ambos impresos bajo el título común de *De serpentibus* (Bolonia, 1518). Otras obras son: *De virtute formativa* (Venecia, 1506), *In libros Galeni e greca in latinam linguam a se translatos praefatio communis. Ejusdem in artem medicinalem Galeni... praefatio. Galeni ars medicinalis Nicolao Leonicensino interprete... Ejusdem de tribus doctrinis ordinatis secundum Galeni sententiam opus* (Venecia, 1508), reproducido con *Galenii aphorismos Hippocratis, cum ipsis aphorismis, eodem Nicolao Leonicensino interprete* (Ferrara, 1509) y *Contra obtrectatores apologia* (Venecia, 1522)⁵. (Libro por libro, resumiendo, éstos son los traducidos por Leonicensino de las *opera Galeni: Therapeutica ad Glauconem, Ars medica, De crisis, De differentiis febrium, De elementis secundum Hippocratem, De inaequali intemperatura, De morborum causis, De morborum differentiis, De motu musculorum, De naturalibus facultatibus, In Hippocratis aphorismos*⁶.) En el tintero parece que quedó un libro contra los errores de Avicena y otro sobre los cometidos por Mondinop⁷. Dejaremos de lado su labor genuinamente humanista: la de lector y traductor de los clásicos, afición que define justamente el movimiento. Debemos añadir las cartas de Leonicensino a Angelo Poliziano, que aparecieron en *Angeli Politiani Operum. Tomus primus. Epistolarum libros xii, ac Miscellaneorum centuriam I, complectens* (Lyon, 1539)⁸ y *De Plinii et aliorum in medicina erroribus* (Ferrara, 1492), opúsculo —«libellus»— recogido en el volumen, de 1509, dedicado a la misma cuestión (*Nicolai Leonicensini Vincentini De Plinii, et plurium aliorum medicorum in medicina erroribus opus primum Angelo politiano dedicatum* /En adelante, I/. *Ejusdem Nicolai Epistola ad Hermolaum barbarum in primi operis defensionem* /En adelante, II/. *Eiusdem Nicolai de Plinii, et plurium aliorum medicorum erroribus novum opus ad Franciscum Tottum medicum lucensem* /En adelante, III/. *Eiusdem Nicolai ad Hieronymum Menochium epistola, in qua eadem materia de multis simplicibus medicamentis pertractatur, et quaedam Plinii, atque aliorum medicorum errata continentur* /En adelante, IV/ (Ferrara, 1509).

No abundan los escritos sobre Leonicensino. La única monografía sobre nuestro autor tiene ya casi un siglo⁹. De entonces acá han aparecido el estudio introductorio de Loris Premuda en 1958¹⁰, un capítulo a él dedicado en el segundo volumen recientemente recuperado de *Landmarks of Botanical History*, de Edward Lee Greene¹¹, y algunos breves estudios más, relacionados con la cuestión pliniana¹².

La medicina que se enseña en tiempos de Leonicensino, y en concreto la materia médica, es la propia de un galenismo arabizado. Leonicensino se esfuerza por mantener la pureza del sustantivo quitándole los afeites árabes que, en su opinión, han empañado su sentido original. A ello se encamina, con propósito general, su labor traductora, que habrá de permitir leer al de Pérgamo en toda su pureza, o «castigado», y con un intento particular, sus disquisiciones en

torno a los errores de Plinio y de los médicos árabes y contemporáneos. Avicena, Mesue y Serapión, aun reconociendo su valor, sobre todo el del primero, deberán ser denunciados por sus barbarismos, y, tras ellos, cuantos les han seguido, caso de Alberto Magno, Simon Gentile, Mateo Silvático y Montagna, entre otros, o les siguen en su tiempo. Ni siquiera está exento Teodoro de Gaza en su traducción de Teofrasto¹³, quien suele orientarse por Plinio en dicha versión¹⁴.

La renovación que Leoniceno alienta no pretende quedarse en la epidermis del término; éste es sólo el portín que abre el camino hacia el concepto exacto¹⁵. El concepto que se adecua con la realidad de la cosa, la verdad, gracias a la cual el médico receta el simple correcto que habrá de salvar la vida o curar al enfermo. Por eso no escribe pensando en los filólogos eruditos, sino en los médicos jóvenes, carentes de un juicio formado y contrastado, expuestos por tanto a repetir los errores de lesivas consecuencias, escudándose en el testimonio de la autoridad. En esa corriente que en Leoniceno arranca se moverán sus discípulos Giovanni Manardo, Antonio Musa Brassavola y Lodovico Bonacciolo.

Aquí nos interesa el Leoniceno botánico que, si bien inseparable del médico, nos señala la vía que habrán de recorrer los fitólogos del Renacimiento. El espejo en quien mirarse no es tanto Galeno o Pablo de Egina, que lo son, cuanto Dioscórides y Plinio expurgado, más libresco este segundo que verdadero conocedor *de visu* de las plantas que describe. Sus protestas por exculpar al latino e inculpar a Ibn Sina parecen, sin embargo, una concesión a la fuerte presión ambiente (digamos a Poliziano o Hermolao).

La obra que estudiaremos, *De Plinii... erroribus* (Ferrara, 1509), consta, lo hemos adelantado ya, de cuatro opúsculos sobre la misma materia; a ellos nos referiremos, recuérdese, con las cuatro primeras cifras romanas. Precedió al primero (*Nicolai Leoniceni Vincentini De Plinii, et plurium aliorum medicorum in medicina erroribus opus primum Angelo politiano dedicatum*) una carta dirigida a Angelo Poliziano sobre la confusión pliniana entre *cissos* y *kisthos*. Poliziano le responde con otra misiva, incorporada en el libro primero, exonerando a Plinio e insinuando la culpabilidad exclusiva de Avicena. Leoniceno se extiende, en contrarréplica, aduciendo nuevos errores de Plinio y cargando las tintas en la ignorancia —botánica y zoológica— de Avicena y otros autores árabes. La contrarréplica se publicó, por vez primera, en 1492.

Leoniceno y Poliziano

Entre Leoniceno y Angelo Poliziano existía una estrecha amistad y un profundo respeto mutuo, que se manifestaba, por ejemplo, en el envío de los propios trabajos. De Poliziano a Leoniceno, con reconocimiento de éste: «Munus Miscellaneorum tuorum, quae tuo nomine Baptista Guarinus nuper mihi tradidit, ingenti me voluptate affecit»¹⁶. Comparten idéntica veneración por Pico della Mirandola: «Habuisti, le escribe Leoniceno, (ut scribis) a teneris annis praeceptores praestantissimos, sub quibus et Platoniam, et Aristotelicam disciplinam imbibere potuisti: nunc vero, ut ex tuis scriptis accepi, frueris consuetudine Pici nostri, principis nunquam satis laudati, cuius doctrinae imitatione summum sapientiae culmen, quemadmodum iam in oratoria, ac poetica facultate obtines locum, brevi attingere poteris. Nisi utrumque amarem...»¹⁷, que es como decir idéntica pasión por las humanidades: «Sed ita, ahora es Poliziano quien responde, est profecto, bonae istae artes, literae, philosophiaeque vestrae non prius tenentur singulae, quam simul omnes... Atque utinam tu quoque nobiscum viveres eodem contubernio, crederem fore, ut et Musae huc omnes (si modo ullae usquam sunt Musae) cum suis et nemoribus, et fontibus, ne dixerim cum sua modo supellectile, commigrarent, et indoctorum, barbarorumque phalanges, quae totum fere orbem signis positis exultantes tenent, facile te et Pico ducibus fugarentur»¹⁸.

En ese clima de relación amigable le envía Leoniceno la primera carta sobre los errores de Plinio. ¿Por qué a Poliziano? Entre otras razones, porque éste era buen conocedor de

Dioscórides y de Plinio; sobre el último, además, acababa de dar un curso de su Historia Natural y constituía, por tanto, un juez idóneo. La respuesta de Poliziano es, en efecto, la contestación de alguien familiarizado con los textos de la materia médica. También a él le preocupa la exactitud del concepto significado, y por eso descansa en la opinión de un médico afamado, Pier Leone, y la precisión de las etimologías griegas de los términos médicos ¹⁹.

Las etapas de la polémica

El primer opúsculo de Leoniceno desató una fuerte polémica que ha sido estudiada, y en la que no nos entretendremos. Mas como alguna vez haremos referencia a la misma, conviene tener presente las distintas fases en que se desarrolló. Leoniceno envía una carta a Poliziano sobre la confusión pliniana entre *cissos* (hiedra) y *kisthos* (jara); de inmediato, en enero de 1491, Poliziano le responde negando que hubiera dicha confusión y apelando a la coherencia interna de Plinio. Leoniceno redacta entonces el primer opúsculo, donde insiste en el error de Plinio citado y en muchos más, del romano, de los autores árabes y de los médicos que les siguen.

Ese primer opúsculo provoca dos réplicas inmediatas. En primer lugar, las *Castigationes Plinianae*, de Hermolao Barbaro, comenzadas por él tiempo antes del libro de Leoniceno, pero modificadas sobre la marcha para salir al paso de algunos juicios del vicentino ²⁰. En segundo lugar, la *Pliniana Defensio*, escrita expresamente por el abogado Pandolfo Collenuccio para refutar a Leoniceno. Mientras esta obra se hallaba en imprenta, Collenuccio leyó el escrito de Hermolao antes citado, y, ambos, añadieron un apéndice a la *Defensio* ²¹. No tiene que extrañar la virulencia en que se mueve la polémica, si tenemos presente que Plinio era considerado autoridad reputadísima, cuyos libros de historia natural se leían, se enseñaban, en las universidades, con más de 15 incunables y que alcanzarían 43 ediciones a lo largo del siglo XVI ²². El romano no era, para los humanistas, ningún bárbaro: conocía el griego, su latín era digno ²³ y las plantas que describía pertenecían a la flora familiar. La respuesta de Leoniceno a Hermolao (en II) se intituló *Ejusdem Nicolai Epistola ad Hermolaum barbarum in primi operis defensionem*, y ocupa de la página 22 a la 35 de la edición que manejamos (Ferrara, 1509). El nombre de Hermolao mereció un breve, pero sentido homenaje por parte de Leoniceno ²⁴.

La polémica se prolonga, pese a su reticencia a entrar en ese juego, con el tercer libro (*Nicolai Leoniceni Vincentini de Plinii, et plurium aliorum medicorum erroribus, Ad praestantem medicum Franciscum tottum Lucensem Novum Opus*, que abreviamos con III), donde se defiende contra los ataques de cierto «Plinii patronus», es decir, Alessandro Benedetti.

Fin que se propone y método seguido

Sabe que la materia médica es la más incierta y cambiante de las disciplinas (II, 23 r). Por eso Leoniceno quiere que los médicos jóvenes lleguen a un conocimiento exacto de las fuentes, aunque para ello tenga que romper con el lastre de una tradición deturpada por la ignorancia y pegada a la autoridad de maestros incompetentes, llámense Plinio, Avicena, el autor de las Pandectas, Gentile de Foligno, Mondino dei Luzzi o cualquier otro. No se aparta de la verdadera tradición, de la griega prístina; antes bien, pugna por ella. Cree hallarla en los testimonios de Teofrasto, Dioscórides, Galeno y Pablo de Egina; en los tres últimos se apoyará, sobre todo, para el primer opúsculo; en Teofrasto, para corroborar sus puntos de vista en II y III. Refrena, sin embargo, su rechazo de los autores reprobados al aceptar que también ellos han escrito páginas afortunadas que deben respetarse, en particular si coinciden con el criterio definitivo de la experiencia personal, de la observación propia o de quienes trabajan las plantas, los campesinos. No reniega, en absoluto, del análisis gramatical en la línea

de los maestros reputados (II, 32 r; III, 66 v) y, mucho menos, de contrastar el texto de Plinio con el de los mejores códices de Dioscórides²⁵.

Por eso no se trata de poner de manifiesto todos los errores en que cayeron sino apuntar una gavilla de ellos que afectan de manera importante a la salud y la propia vida del hombre²⁶. El análisis léxico no tiene otro interés que develar el error fatal que subyace. Discrepa, cuando es necesario, de los máximos intérpretes, Gaza, Hermolao, Poliziano; porque, por encima de todo, está la verdad, que yace no en las palabras, sino en las cosas: «Hoc sane mihi videtur vere philosophari, non de vocabulis, sed de rebus ad hominum salutem plurimum necessariis, cum barbaris decertare» (IV, 84 v-85 r).

El análisis léxico, la autoridad de los tres autores resaltados, que se oponen a lo afirmado por los recriminados. Otro rasgo de su método es la manifestación de falta de coherencia interna, de lógica en muchos pasajes de Plinio y de Avicena, quienes en un sitio sostienen una cosa, aluden a una planta, y en otro, con el mismo término, designan otra; o bien separan en dos plantas distintas lo que es pura sinonimia. Ligereza que contrapone con el quehacer de los griegos, muy superiores en el rigor lógico, método, lo mismo los naturalistas —Aristóteles y Teofrasto— que los médicos, expertos por otro lado en el arte del razonar ordenado.

Y por último, la experiencia, la contrastación con la naturaleza²⁷. Plinio, que no era médico sino hombre de leyes dedicado a la milicia y a la política, se fio de lo que recopiló de otros libros. Leoniceno, por contra, insiste en la observación propia de varias plantas de las que habla. Con un ejemplo contundente apremia: «¿Quién ha visto nunca una flor roja en la hiedra?». E insta: «Tanti ne esse debet Plinii, aut Theodori, Theophrastum interpretantis autoritas, ut illis potius, quam oculis nostris credere debeamus?» (II, 26 v). Nada mejor que herborizar, por ejemplo, los montes de Luca, para recoger todo tipo de plantas, las salutíferas y las dañinas (IV, 85 r). Allí donde el sentido puede discriminar, se apoya en Aristóteles, en vano debe buscarse la razón; juicio este en el que abunda Galeno e incluso Avicena. Para algo se nos han dado los sentidos, y carece de significado abdicar de nuestros ojos, oídos, sabor o inteligencia en favor de ojos, oídos o inteligencia de los demás (II, 27 r). Sintiéndose más platónico que aristotélico, no le teme al método de la división, que permite agrupar cosas dispersas en una unidad y dividir la unidad en pluralidad de géneros y especies (II, 27 v), como ya habían aconsejado Andrónico, Boecio y el propio Teofrasto. Esa división, dicotómica, va desde los géneros supremos hasta las especies especialísimas, que son aquellas que no admiten ulterior separación. Aplicada esta doctrina a la hiedra, detalla, debajo de ese género se cobijarían todas las especies de hiedra; a su vez, el género de la hiedra se subsume en otro género superior, el de los arbustos. Cuatro son, en efecto, los grandes géneros que Teofrasto establece y acepta, según es uso en su tiempo, Leoniceno: «arborum, fruticum, suffruticum, atque haerbarum» (II, 28 r).

En su método de cotejo entre lo expuesto por Plinio y el pensamiento real de Dioscórides, Leoniceno cree que Plinio copió mal del anarzabeo, y no sólo de éste, sino también de Teofrasto. Hoy sabemos que Plinio no citó ni usó los libros de materia médica de Dioscórides, sino que ambos beben, verosímilmente, de Sextus Niger.

Los puntos discriminantes, desde el punto de vista botánico, varían. Son unos manifiestos, otros ocultos. Discrepan las plantas por razón de la figura, la naturaleza, el lugar donde medran, las virtudes de que gozan, la magnitud que alcanzan, el olor que despiden, los efectos que ejercen, las hojas, la flor o la semilla. A propósito de la flor expone algunas generalizaciones interesantes: «son lanuginosas casi todas las que germinan espigas» (II, 27 r); o aquella otra división general, y más discutible, original de Teofrasto, según la cual habría dos tipos de flor: lanuginosa y «foliada» (II, 27 r).

El método empleado por Leoniceno se cierra con un examen pormenorizado de los distintos códices de la Historia natural, según hemos leído. Muestra un profundo conocimiento de sus libros y un dominio cabal del modo de proceder de Plinio; advierte así, a modo de ejemplo, que, cuando se trata de especies que poseen una virtud particular, por insigne, y

carecen de nombre, el latino apela a la comparación o semejanza con otras más familiares (III, 38 r).

Los errores de Plinio

Conviene reiterar que no pretende negarle el pan y la sal: «Me comporté siempre de suerte que, cuando fuera posible, sostuve y fomenté la autoridad de Plinio. Allí donde no pude, creí, como conviene al filósofo, preferir la verdad al honor» (III, 40 v). Pero lo cierto es que se equivocó Plinio, y mucho, en botánica, zoología y mineralogía (III, 50 v). Antes de ir enumerando, uno por uno, los errores de Plinio, el primero de los opúsculos (*Nicolai Leonicensi Vincentini De Plinii, et plurium aliorum medicorum in medicina erroribus opus primum Angelo politiano dedicatum*) introduce un prólogo de Ludovico Bonaciolo, médico ferrariense; presenta inmediatamente la réplica de Angel Poliziano a la carta de Leoniceno sobre los errores cometidos por Plinio, quien, en opinión de Leoniceno, cayó en una trampa de afinidad léxica entre *kisthos* y *cissos*, y así confundió la jara con la hiedra. Poliziano le recrimina que haya osado poner en cuestión, con débiles argumentos, la capacidad de Plinio, cuando realmente los «bárbaros» caen en otra parte —los médicos árabes—; y él mismo se encarga de exculpar al romano interpretando en favor de la separación de una y otra planta los pasajes en que se apoyaba Leoniceno.

La contrarréplica de Leoniceno a Poliziano da comienzo formal al libro. Antes de justificar su punto de vista sobre los textos conflictivos de Plinio en torno a esas dos plantas, recuerda cómo «de tu voz oí que era su deseo (de Lorenzo de Médicis) que tú y Pico tuviérais los medios para corregir los fallos de los manuscritos» (I, 3r-v), está de acuerdo con él en que, entre la verdad y la amistad, la primera ha de ir por delante, afirma que en la misiva primera que le envió no reciben el mismo trato Plinio que los demás denostados y, por último, que también Hermolao Bárbaro labora en ese mismo campo. (El talante de Hermolao es más paternal; «corrige a Plinio como el padre al hijo», achacando el grueso de los fallos a copistas e intérpretes (II, 23 r)). Le apremia, por fin, a que no se comporte «tanquam Plinii patronus sed potius iudex» (I, 4 r). Este texto, de respuesta ceñida a la réplica de Poliziano, apareció como carta independiente en las obras de éste²⁸. Pero en el opúsculo que nos ocupa no termina con el «Vale» de la carta, sino que prosigue con el primer error a expurgar: la afirmación de Plinio que pensaba que la luna era mayor que la tierra. Advierte, tras delatar el error y explicar su causa, que no se adentrará en las cuestiones «ad mathesim pertinentia», sino que se ocupará «de herbis, fruticibus, rebusque aliis terrestribus ad medicinae usu accommodatis» (I, 4 v). Pero no de todas. Espigará unos cuantos ejemplos y se callará mil más (II, 32 r).

A lo largo de nuestra exposición, seguiremos, bastante ceñidamente, el índice de la obra e iremos deshilvanando, con Leoniceno, error tras error. De su mano, también, identificaremos el pasaje equivocado y no nos detendremos en el análisis de las autoridades aducidas, pero sí daremos una visión actualizada de sus observaciones y apreciaciones.

* *Error de Plinio, provocado por la proximidad léxica, según el cual muchas plantas tienen las hojas del «prason», esto es, del «porrum», siendo así que los griegos pintaron sus hojas como las del «Prasion», esto es, como las del «Marrubium».*

Entramos, así, de lleno en el análisis botánico de la identificación de las plantas a que alude Leoniceno. El texto que aquí denuncia se halla en *Historia Naturalis* (en adelante HN), 22, 159²⁹. Leoniceno acierta al descubrir el error de transcripción cometido por Plinio. En efecto, «prasion» es, en Dioscórides, el marrubio (*Marrubium vulgare* L., *Marrubium creticum* Miller), y «prason» es el puerro (*Allium porrum* L.). Afín a esa confusión pliniana es otra (HN, 27, 54) que Leoniceno revela: una cosa es el marrubio negro (*Ballota nigra* L.) y otra distinta el puerro negro, identificados por el romano.

Este primer error desentrañado nos sirve para mostrar hasta qué punto se tuvieron en

cuenta sus anotaciones. Nuestro Laguna, por ejemplo, repite la idea, y casi las palabras de Leoniceno: «Fue gravísimo el error de Plinio acerca de aquesta planta (se refiere a la *Ballota nigra* L.), porque dice que la llamaron puerro negro los griegos, y que tiene las hojas mayores y más negras que el puerro, lo cual jamás no se halla. Mas la causa de tan gran devaneo fue la afinidad de aquestos vocablos: melan prason y melan prasion, de los cuales aquel primero nos da a entender puerro negro, y estotro, negro marrubio». ³⁰ Por lo demás, las hojas del marrubio negro son enfrentadas, entre aovadas y redondeadas, festoneadas de una manera desigual; las del ajopuerro, acanaladas y de margen áspero. Hermolao Barbaro coincide con Leoniceno en ese error, así como en otros que recoge nuestro autor (II, 23 r), de suerte que puede decirse que «Barbarus leonicizat vel leonicenus Barbarizat» (II, 23 r).

* *Error de Plinio al suponer que el «leucographis» era una planta, siendo así que es una especie mineral.*

Una cosa es la «leucas» de Dioscórides (3, 99)³¹, quien no la describe, si bien parece podría tratarse del *Lamium album* L., es decir, de la ortiga muerta, la misma que Plinio aborda con el nombre de «leuce» (HN 27,102), y otra muy distinta la «leucographis», de la que se ocupan Dioscórides, Galeno y Pablo de Egina, y que es un mineral, una suerte de arcilla blanca.

También en esa distinción anduvo certero Leoniceno, quien previene contra posibles objeciones: «Si alguien acude en ayuda de Plinio y arguye que hay una planta que porta el mismo nombre que el mineral, advierta que Plinio le atribuye los mismos poderes y propiedades que Dioscórides, Galeno y Pablo le otorgaron con toda razón al mineral.» (I, 5 r).

* *Error de Plinio por el cual atribuye el milagro del «tripolium» a la flor del «polium».*

Se trata de otro error instado por la proximidad de los términos. Plinio, escribe Leoniceno, toma el «tripolium» por el «polium» y, cuando no debe, le concede al segundo las propiedades del primero. (El pasaje de la confusión está en el libro 21, 44 de la Historia Natural.)

Los criterios que Leoniceno expone para discernir una planta son el lugar donde medra, la figura, el color y las propiedades (médicas); pues bien, de acuerdo con esos parámetros, Plinio alude, con el nombre de «polium campestre», a la zamarrilla (*Teucrium polium* L.), con el de «polium silvestre» al *Teucrium creticum* L., en tanto que el genuino «tripolium» sería el *Aster tripolium* L.

Nos encontramos aquí con una dificultad clásica en la hermenéutica de los textos botánicos prelinneanos. Por un lado, no siempre está clara la identificación actual de la planta de Dioscórides o Plinio, como Pío Font Quer o Jacques André han demostrado *ad nauseam*³²; por otro, no siempre se adivina qué tenía en la mente Leoniceno cuando afirma que determinada planta en Plinio no es la descrita por Dioscórides, más allá del examen material de las contradicciones internas del romano. Súmase, a todo ello, la variabilidad de la propia planta. Lo menos destacado aquí es el error, que deriva de Dioscórides, ligado a la denominación de la planta «tripolium», según el cual la flor del mismo cambiaría de color durante la jornada.

* *Error de Plinio al asociar la hoja de «papaver heraclium» con la morfología del «struthion», un ave, y no con la planta del mismo nombre.*

La polivalencia del término griego «struthion», que significa ave, además de cierta planta mencionada por Dioscórides, provoca el error de Plinio, quien cree que «heraclium papaver» designa una planta parecida a un pájaro.

Ahora bien, el «heracleon» de que habla Dioscórides, y al que hace referencia Leoniceno, es, probablemente, *Papaver heracleum* o *P. spureum*. Por contra, el «heraclium» de Plinio (HN, 20, 207) parece ser *Reseda luteola* L. o quizá *R. odorata*, según se infiere de la comparación de ese texto con HN 19,48. La especie *R. luteola* posee unos lóbulos laterales de los pétalos superiores más largos que la uña; la longitud de su fruto dobla la anchura del mismo, y

presenta las flores amarillas, generalmente de seis sépalos y pétalos. Crece en tierras cultivadas, rocas y caminos.

* *Error de Plinio cuando confunde la morfología de las hojas de la «britanica» con las de la «betonica».*

Cae Plinio, estima Leoniceno, en ese error arrastrado por la vecindad terminológica de uno y otro vocablo. Para Dioscórides habría dos tipos de «betonica», el «cestrum», que tendría las hojas del roble, y la «betonica» con las hojas del lápató (la «britanica»). Plinio creyó que la primera poseía también las hojas del lápató. El texto denunciado por Leoniceno se encuentra en HN 25,84, por lo que hace referencia a la primera «betonica». En ese pasaje Plinio piensa, quizás, en *Stachys officinalis* (L.) Trevisan, especie que corresponde a lo que Dioscórides entiende por «cestron», es decir, la betónica. Las hojas de esta planta están provistas de vello, son escasas y de configuración oblonga, acorazonadas en la base, dentadas y casi todas en roseta basal.

La fuente del error en que cayó Plinio, no denunciada por Leoniceno, quien se limita a poner de manifiesto la contradicción con el texto dioscorideo, pudo residir en la confusión del significado de «cestron», que significa punzón. Las romazas, cuyas hojas son efectivamente lanceoladas, son las «britanica» del texto de Dioscórides, quien, en opinión de Laguna, distinguía hasta cinco especies (*Rumex* g.) En conclusión, Dioscórides distingue «cestron» (*Stachys officinalis* (L.) Trevisan) de los lápatos; en tanto que Plinio confunde una por otra. (Este, sin embargo, se ocupó también de la «britanica» en HN 25,20 sq; en particular, del *Rumex aquaticus* L.).

* *Error de Plinio cuando atribuye al «empetron» que posee facultades purgativas las propiedades de otro «empetron», también conocido por «sarxiphages».*

Leoniceno descubre ese presunto error en HN 27,75. Allí Plinio habla, verosíblemente, de *Asplenium scolopendrium*³³. Dioscórides, quien se ocupa del «empetron» después de los simples solutivos, casi al final del libro cuarto, podría estar pensando quizá en *Frankenia hirsuta* L. o *F. pulverulenta* L. Leoniceno apela a ese testimonio y al de Galeno para distinguir, por sus diferentes propiedades curativas, el «empetron» de Plinio y el de Galeno —quien lo llama también «prassoides»— y Dioscórides.

* *Error de Plinio cuando confunde el «parthenium» llamado también «muralium» con otro «parthenium» de nombre asimismo «chamaemelon».*

En este caso, plantas que son distintas torna él a unificarlas, a juicio de Leoniceno. Y así, al confundirlos, atribuye propiedades del segundo («chamaemelon») al primero («muralium»). Plinio aborda el «parthenium muralium» en HN 21, 176; se trata allí del *Chrysanthemum parthenium* Bernhardt; del «parthenium helxine», otro tipo que leemos en HN 22, 41, y es el *Polygonum maritimum* L.; por último, el «parthenium» descrito en HN 22, 43-44, parece equivaler a la *Parietaria officinalis* L.³⁴.

Tras exponer el texto del latino, asevera Leoniceno que la fuente de la equivocación del mismo yacía en asignar, inducido por una confusión léxica, a una planta lo que Dioscórides, Galeno y Pablo conceden a otras. En efecto, guiándose por el criterio, importante entonces, de las hojas, Leoniceno sabía que las de la matricaria (*Chrysanthemum parthenium* Bernhardt), el «parthenium» de HN 21, 176, están divididas en profundos segmentos, en número de tres a seis, con impar en su ápice. Por contra, las hojas de la parietaria (*Parietaria officinalis* L., el «parthenium» de HN 22, 43-44) son enteras, entre aovadas y lanceoladas, no enfrentadas; por último, las hojas del polígono (*Polygonum maritimum* L., el «parthenium» de HN 22,41) son estrechamente elípticas, puntiagudas, glaucas y de margen revuelto.

Añádase a ello las distintas propiedades terapéuticas, fin último de su explicación. El

polígono «restríñe y refrigera»; la parietaria «tiene virtud de mundificar, restriñir y enfriar»; la matricaria «es astringente y resfría».

Dioscórides, considera Leoniceno, no identifica la parietaria con la matricaria, siendo esta segunda su verdadero «parthenion». Y esa es la especie a que remiten Teofrasto, Dioscórides, Galeno, etcétera, con un término que deriva de «parthenos», la joven púber, porque desde remotísimos tiempos el *Chrysantemum parthenium* Bernhardt se emplea para socorrer a las adolescentes que necesitan regular sus menstruos.

* *Error de Plinio que consiste en atribuir las propiedades de la «aristolochia» a la raíz del «cyclamen».*

Con este nuevo yerro, Leoniceno comienza otro grupo de equivocaciones; no se trata ya de confusión terminológica que determina una subsecuente confusión real, sino confusión real directa por desconocimiento de la materia de que se está hablando³⁵.

La explicación de Leoniceno se desenvuelve a través de los siguientes pasos: Plinio atribuye un efecto tóxico a la «aristolochia rotunda»; ese mismo efecto viene causado, afirman los pescadores contrariamente, por la raíz del ciclamino; en otro pasaje posterior Plinio reconoce la toxicidad aludida en la raíz del ciclamino. Por consiguiente, infiere Leoniceno, el mismo efecto lo producirían plantas distintas o bien lo causaría sólo la raíz del ciclamino, en cuyo segundo caso Plinio se confunde.

Ocurre, razona el de Vicenza, que ese efecto tóxico no lo predica ningún autor clásico de la aristoloquia (testimonio de autoridad), ni tampoco se ha visto que esa planta desencadene la mortandad aludida (argumento de experiencia). Así, pues, Plinio se equivoca.

El texto pliniano al que se refiere Leoniceno está en HN 25, 114-116, en lo que concierne al ciclamino; allí el romano habla de tres tipos, que vendrían a equivaler a nuestros *Cyclamen graecum* Link, *Cyclamen europaeum* o *C. hederifolium* y de dudosa identificación el tercero (tal vez, sin demasiada seguridad, la *Scilla bifolia* L.). Las aristoloquias son abordadas en HN 25, 95-99. Las numeradas en ese pasaje se denominan hoy *Aristolochia rotunda* L., la «rotunda» de Plinio, *Aristolochia longa* L., su «longa» o «mascula», *Aristolochia clematitidis* L., su «clematitidis», *Aristolochia cretica*, su «cretica», y, por último, *Aristolochia pistolochia*, su «pistolochia».

Dioscórides se ocupa en su libro segundo de los ciclaminos. Del segundo descrito (*Cyclamen hederifolium*) dice que es abortivo. En algunas regiones de Italia fue costumbre echar los tubérculos al agua de ríos y lagunas para enverbasarla e inmovilizar los peces, que flotan en la superficie por parálisis de los nervios motores. Esa costumbre es la recogida por Leoniceno.

* *Error de Plinio al confundir la especie de «intybus», conocida por «chicorium» entre los médicos, con los géneros de «heliotropium».*

Leoniceno trae a colación el texto de HN 25, 57-60, donde el latino aduce la existencia de dos géneros de heliotropio: el «tricocum» y el «heliotrophium»; es el segundo algo mayor que el primero, y ambos encierran la semilla en un «folliculum», poseen la flor cerúlea y giran con el sol, incluso en días nublados; el «heliotrophium» nace en suelos pingües y cultivados, en tanto que el «tricocum» germina por doquier.

Ahora bien, se pregunta Leoniceno, ¿qué otro género de heliotropo hay cuya flor sea azul, crezca sólo en los huertos y resulte agradable en la mesa una vez cocido, que no sea la «intybus» o «seris» de Dioscórides? Pero ésta tiene propiedades muy distintas del heliotropio.

Por consiguiente, Plinio aplica al «intybus» las propiedades que Dioscórides otorga a los dos géneros de heliotropio. Error que llama más la atención cuando el propio Plinio, a la hora de abordar los remedios de la «intybus» y, en particular, de la que los griegos llamaron «chicorium» y cuya flor gira con el sol (HN 20, 73; 21, 88), establece claras las diferencias de los dos géneros de heliotropio.

Las plantas que Plinio describe en HN 25, 57-60 equivalen a nuestra *Chrozophora tinctoria* Jussieu, el «tricocum» y, el «heliostrophium», al *Heliotropium europaeum* L. Por su parte, el heliotropio mayor de Dioscórides es nuestra verrucaria (*Heliotropium europaeum* L.) y, el menor, nuestro tornasol (*Chrozophora tinctoria* Jussieu). No discrepan, pues, Plinio y Dioscórides tanto en este caso cuanto Leoniceno pensó. El error mayor habría que buscarlo, por contra, en el propio Dioscórides, quien reputó congéneres la euforbiácea (el tornasol) y la boraginácea (la verrucaria), confusión que llega hasta el Renacimiento, aunque en su descargo podamos aducir que, prescindiendo de flores y frutos, el aspecto general de ambas es muy parecido.

La «intybus» a la que se refiere Leoniceno es, a buen seguro, la achicoria (*Cichorium intybus* L.); opinión que compartirá nuestro Laguna cuando comente el capítulo 121 del libro II de Dioscórides: «La endivia, de los griegos llamada seris y de los latinos intybus, se divide generalmente en la hortense y en la salvaje...» La que llamamos hoy endivia es otra especie, la *Cichorium endivia* L.

* *Error de Plinio que pensó que la planta «fraga ferentem» era el «pentaphyllum».*

Seguimos, pues, con los errores relativos a la identificación de plantas distintas. El planteamiento es el habitual. Expone el texto de Plinio (HN 25, 109) donde señala que ambas plantas son la misma especie y, por tanto, adscribe las características (*notae*) y las propiedades terapéuticas (*vires*) de una a la otra.

No tendría Leoniceno mayor inconveniente en disculpar tal error como fruto de una equivocación del copista más que del propio Plinio, y exonerarle, por el mismo motivo, de la confusión entre «trifolium» y «pentaphyllum», si no fuera porque el romano añade un sinónimo griego y otros datos que son exclusivos del «pentapyllum». Por consiguiente, el error es de Plinio.

El «quinquefolium» que Plinio describe en HN 25, 109 es la *Potentilla reptans* L.; es decir, la auténtica cincoenrama. Por contra la fresa, planta muy distinta como destaca Leoniceno, es la *Fragaria vesca* L. Muchos son los rasgos, sin embargo, en que la cincoenrama se parece al fresal, si bien aquélla no echa fresas, sino un conjunto de diminutas simientes, que son los frutitos apiñados y sin jugo. Plinio había hablado antes (HN 15, 98) de dos tipos de «fragrae», la primera sería *Fragaria vesca* L. y, la segunda, *Arbutus unedo* L. Y también se había ocupado (HN 21, 54) del «trifolium», en el que admite tres géneros: «asphation» (*Psoralea bituminosa* L.), «oxytryphyllon», esa misma quizá también, y una tercera que podría ser el *Trifolium pratense* L. No le falta, pues, razón a Leoniceno para asegurar, en repetidas ocasiones, que da la impresión de que Plinio no sabe muchas veces qué es lo que copia.

* *Error de Plinio por creer que el «adarce», una salumbre de las cañas, era una especie más de estas últimas.*

La confusión «in re» adquiere aquí especial gravedad por cuanto confunde una sustancia mineral con una planta. El pasaje de Plinio corresponde a HN 16, 167, donde afirma que esa planta es palustre y útil para la limpieza de la boca. Pero ni Dioscórides, ni Galeno ni Paulo, replica Leoniceno, la consideraron planta, sino que se trata de salumbre cuajada que se halla alrededor de las cañas, en lugares húmedos y por los lagos cuando se secan. Plinio, pues, se equivocó. En la contestación a Hermolao, y tras los argumentos que éste expone, admite, a modo de colofón, que Plinio varía su criterio según los lugares: unas veces lo considera planta, otras salumbre (II, 30 r). Esa suerte de confusión lleva a Leoniceno a extraer otro, de dominio mineral también, en el que no entraremos.

* *Error de Plinio que identificó «kisthos» (es decir, una hierba ladanífera) con «cissos» (esto es, la hiedra).*

Con la revelación de este error empezó la historia del libro de Leoniceno que principal-

mente nos ocupa. Fue el núcleo de la carta que le envió a Policiano, la respuesta de éste y la contrarréplica del vicentino. La estructura actual es la que enmarca la mayoría de las explicaciones. Repite el texto de Plinio (HN 16, 145 ss), donde atribuye una diferencia de color al «cissos» macho con respecto a la hembra, discrepancia que ni Teofrasto, ni Dioscórides ni ninguna otra autoridad conceden sino al «kisthos». Por tanto, Plinio, engañado por la proximidad literal del término, confunde «cissos» y «kisthos».

Pero hay más pruebas del yerro del romano. En HN 12, 74, dice Plinio que el ládano de las hiedras se pega a las barbas de los chivos. Ahora bien, objeta Leoniceno, el ládano no lo produce la hiedra (el «cissos»), sino la jara (el «kisthos»), según es criterio de Dioscórides, Galeno, Paulo³⁶ y cuantos escribieron sobre el particular. Más aún; es el propio Plinio quien apoya el punto de vista de esos autores (HN 26, 47). En efecto, y en corroboración de Leoniceno, Plinio alude en HN 26,47 a la jara (*Cistus creticus* L. o *Cistus cyprius* L.) En la réplica a Hermolao sobre el mismo tema aportará también el texto de Aecio (II, 24 r).

Amén de esas pruebas de autoridad, Leoniceno apela al rigor lógico. Si el ládano se pega a las barbas, lo rezumará un arbusto (la jara) y no la hiedra, que se enreda tronco arriba. Y arguye también con razones de índole geobotánica: sostiene Teofrasto que la hiedra no brota en Chipre, lugar donde se produce el ládano, dado el clima allí reinante.

Para no cargar demasiado las tintas en Plinio, recuerda Leoniceno que Avicena no se libró tampoco de ese error³⁷. Sale asimismo al paso de la interpretación benévola de Plinio que había hecho Poliziano, quien reparó en el «hypocisthis» como distinto del «cissos». Se halla en ese texto (HN 24, 81), en el que entra inmediatamente Leoniceno, la mención de dos géneros de «kisthos», a saber, macho y hembra, aquél de flor rosácea, éste de flor alba. Bajo ambas nace el «hypocisthis». Aclara Plinio que bajo esas jaras crece abundantemente el hipocístide y, bajo la hiedra, sólo algunas veces. A lo que replica Leoniceno que el hipocístide no medra nunca bajo la hiedra, según testimonian los autores que escribieron sobre las hiedras y corrobora la experiencia o la observación personal.

Los hipocístides de Plinio³⁸ son, el «alba», la *Cytinus hypocistis* L., y, el de color «rufa», la *Cytinus rubra* Pavillard.

El error de la sustancia exudada le da pie a Leoniceno para atacar al autor de la Cornucopia. Lo hace con especial dureza: si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la fosa. Cierta experto en griego, y no ignorante del todo en cuestiones botánicas, afirmó que algunos incluían las jaras entre las hiedras, Plinio entre ellos; y distinguió así entre «kisthos» y «lada»; de aquél derivaría «cisthos» y, de la «lada», el «ládano». A eso contesta Leoniceno que «lada», «ledon» y «kisthos» es lo mismo que ládano, como confirman Dioscórides, Galeno y Plinio. De donde se ve que tan sutil discriminador fue más allá de donde se atrevió Plinio.

El «cissos» de Dioscórides es, en efecto, la *Hedera helix* L. La «hedera femina» de la que habla Plinio es el *Cistus salviaefolius* L. y el «mas», el *Cistus villosus* L. Las jaras, múltiples, se cobijan bajo el género *Cistus* L. La más común en nuestra geografía es la especie *Cistus ladaniferus* L.; la más pertinente, en este contexto, el *Cistus creticus* L. Anduvo, pues, en lo cierto Leoniceno una vez más. ¿Vio acaso Plinio la gomorresina que brota del tronco de la hiedra y la confundió con el ládano? Ahí podría estar otro motivo de error. De todas formas, el ládano citado en HN 12,76 y 26, 47-48 es la oleorresina de *Cistus creticus* L. o *C. cyprius* L.

* *Error de Plinio quien pensó que el «glastum» y la «isatis» eran distintas.*

Con este error Leoniceno pone sobre el tapete otra línea de equivocación: confusión en cuanto al término y a la cosa a la vez. Confundió el término porque a la misma hierba denomina en ocasiones «glastum», «radicula» en otras, e «isatis» en otras o «struthion»; y confundió su realidad porque unas veces le asigna las hojas del olivo, otras del plantago y unas terceras del lápatu.

En efecto, Plinio predica del «glastum» (HN 22, 2) propiedades que Dioscórides atribuye al «isatis». En HN 20, 59 convierte el «isatis» en un tercer género de «lectuca», que nace

espontánea. En ese mismo pasaje, asimila el cuarto género de «lectuca», por sus hojas, al lapacio silvestre. (Justamente ese cuarto género es lo que Dioscórides entiende por «isatis».) Más. Plinio, en HN 19, 48 dice que la «radicula» tiene las hojas del olivo y la llaman los griegos «struthion». Por último, en HN 24, 96-97 Plinio repite que la «radicula» la emplean los teñidores.

Esos son, en opinión de Leoniceno, los lugares sinópticos que enhebran el erróneo pensamiento de Plinio. Y este es el razonamiento del ferrariense: porque Plinio no avisa sobre el particular en ningún otro sitio, cabe inferir que «glastum» de HN 22,2 es el «isatis», nombre cuyo significado griego desconoce Plinio. Puesto que las propiedades del cuarto género de «lactuca» son las que Dioscórides atribuye al «isatis», síguese que es el «isatis» propio. Por último, «isatis» es lo que se llama en latín «radicula».

¿Tenía razón Leoniceno? Según parece, en HN 22, 2 «glastum» es la *Isatis tinctoria* L.; el tercer género de «lactuca» de HN 20,59 es la *Isatis agrestis* L. y, el cuarto género, la *Isatis tinctoria* L. A su vez, la «radicula» de HN 19,48 remite a la *Saponaria officinalis* L., aunque las especies de Asia Menor, Siria y Persia representarían preferentemente las *Saponaria orientalis* L. y *Crysophila struthion* L. Convendría distinguir, pues, entre «radicula seu herba fulonum», que sería la saponaria y la «radicula» equivalente a la «isatis». Leoniceno sabe que Plinio (HN 19,48) está describiendo la saponaria y le echa en cara que la vista con propiedades exclusivas de «isatis»³⁹.

Leoniceno aprovecha para denunciar el mismo error en el mundo árabe y escolástico. Los árabes, expone, llamaron al «isatis» «nil» y «nileg», dato éste que ni Simón de Génova, ni el autor de las Pandectas, ni el Conciliator (Pietro d'Abano) parecen conocer en sus glosas a Dioscórides. Simón vacila tanto que unas veces lo escribe con hache, otras sin ella y en unas terceras «osatis». En efecto, Avicena y Serapión traducen el «isatis» de los griegos por el «nileg» árabe, si bien ni uno ni otro la conocieron suficientemente. El segundo, por ejemplo, se apoya en afirmaciones de algunos que ponen en el «nileg» la flor del «coriandrum», en tanto que la asimilan a la del «phaseolus».

* *Discrepancia entre los autores árabes en la descripción del «eupatorium».*

Una prueba que confirma la suspicacia de Leoniceno hacia los autores árabes es, justamente, que no se pongan de acuerdo a la hora de describir las plantas. Ello le induce a pensar que no las conocieron directamente. Lo que ejemplifica, ahora, con el «eupatorium». «Avicena escribe que el eupatorio presenta las hojas del cáñamo y la flor del nenúfar. Mesue al mismo eupatorio le atribuye las hojas de la centaurea menor, flor violácea y de escaso porte. Serapión no explica la flor que la engalana, aunque le concede las hojas de la cincoenrama o del cáñamo. Sería afortunado quien lograra adivinar quién de todos ellos andaba en razón y qué medicina prescribían».

La verdad es que el eupatorio (*Eupatorium cannabinum* L.) y la agrimonia (*Agrimonia eupatoria* L.) tienen una curiosa historiografía desde que Leoniceno puso el problema sobre la mesa, a propósito de su complejidad en el mundo árabe. En su identificación intervinieron, entre otros, Mattioli, Laguna y Asso.

* *Error de Simón de Génova en lo concerniente al fluido de una planta que usan los tintoreros.*

Sólo indirectamente nos hallamos aquí ante un error botánico. Comienza Leoniceno recordando que el «habuil» de Serapión es planta que produce el «granum indicum», de cuya afirmación nace el error de Simón cuando dice que la palabra árabe «nil» designa el «indicum» con el que se tiñen los paños; su jugo se parece al de la planta «volubilis» y su semilla es laxante.

A ello replica Leoniceno que si se refiere al «indicum» de que nos hablan Dioscórides, Galeno y Paulo, entonces se equivoca de medio a medio. Porque el «indicum» no es fluido de

planta alguna, sino espuma de la caña índiga o espuma púpura. Y si se refiere Simón al jugo de la «isatis», lo que afirma del «indicum» es falso.

El «indicum» de los clásicos era el índigo, un colorante que extraían de ciertas papilionáceas, sobre todo de *Indigofera tinctoria* L. Dioscórides le atribuye, además de propiedades colorantes, facultades medicinales.

* *Error del autor de la Pandectas a propósito de «isatis», que la confundió con la «radicula».*

Sigue Leoniceno con los errores de los árabes y los médicos arabizantes, quienes transgreden la verdad mucho más que el propio Plinio. Cayó en error Matteo Silvatico cuando dejó escrito que los árabes llaman «nigel» a lo denominado por los griegos «nesme» y por los latinos «indicum». Confusión terminológica que se acentúa con otra real: atribuir a la hierba «nil indicum» las propiedades que Dioscórides, Galeno y Paulo conceden a «isatis». Pero Matteo no termina ahí su yerro. En otro lugar, en la letra b, dice que «osatis» o «isatis» es lo mismo que la «borith» de los griegos, la «agisdo» de los árabes y la «saponaria» de los latinos, o hierba de los bataneros.

A lo que responde Leoniceno: de las palabras de Matteo se desprende que la «isatis», mal llamada por él «osatis», es la «radicula» de la que los bataneros se sirven para limpiar la lana. ¿Qué fe habrá que prestar a ese autor? se pregunta cáustico. En otro error, continúa Leoniceno, Matteo ignoró que la «catapotia» de los antiguos son las píldoras, y no una planta como se empeña en creer.

* *Error de Plinio a propósito de «echios» y «alcibium», que las supuso dos plantas distintas, cuando en realidad son la misma.*

Leoniceno da por supuesto, en su nueva vuelta a Plinio, que éste bebe en Dioscórides. Y el anarzabeo se ocupa de la viborera («echios») en su libro cuarto sobre la materia médica, donde la llama también «alcibium». Plinio, por contra, trata del «echios» en HN 25, 104 (para Leoniceno sería el libro XXVI), y, del «alcibium», como especie distinta, en HN 27, 39.

Ahora bien, las propiedades farmacológicas contra la mordedura de serpientes que asigna a una y otra son las mismas que Dioscórides atribuye al «echios», y los mismo cabe decir de su modo de preparación. Además, ni Dioscórides ni Paulo escribieron del «alcibium», sino que reputaron tratarse de la misma planta; autoridades a las que suma la de Nicandro, quien también las unifica⁴⁰. Son, por consiguiente, la misma planta.

La «echios» de Dioscórides es efectivamente la viborera (*Echium vulgare* L.), la también llamada «alcibium». El «echios» de HN 25, 104 sería, la primera especie citada, *Silene gallica* L. y, la segunda, *Echium plantagineum* L., la misma que el «alcibium» de HN 27, 39. Tanto esa segunda especie de «echios» como «alcibium» plinianos podrían ser también el *Echium rubrum* L., pero ambos la misma planta, que es lo que intentaba demostrar Leoniceno.

* *Errores botánicos de la teriaca.*

Leoniceno se explaya en un error zoológico del que se ocupará por extenso en otros capítulos de su obra, y en el que no entraremos. Pero los componentes de la teriaca le dan pie para ciertas precisiones de orden botánico. Se queja, por ejemplo, de que los médicos de su tiempo no supieran distinguir entre ruibarbo y repónchigo, que él acierta a separar.

El «reubarbum» y el «reponcticum» de los clásicos es el linneano *Rheum ribes* L. y el repónchigo de su tiempo, *Campanula rapunculus* L. El *Rheum* es una poligonácea y la *Campanula* una campanulácea. Ambas discrepan «figura vero atque natura ac solo in quo nascitur» (I, 12v – 13 r). Otras discrepancias en la composición son más formales y tampoco parecen venir al caso.

* *Error de Nicolás a propósito del «aspalathus» y su substitución en la teriaca.*

Nicolás Gentile es el autor más respetado «in re medica» en el tiempo de Leoniceno. En la

composición de la teriaca, engañado tal vez por el término, donde los árabes ponen «darsica» y los griegos «aspalathus», él introduce «coralos». Trae a colación Leoniceno la descripción dioscorídea del «aspalathus» (quizás *Alhagi maurorum* L. o alguna especie de *Astragalus* L.). En los árabes, sin embargo, existe tal disparidad de criterios que resulta imposible intuir qué planta sea o qué pueda sustituirla (I, 14 r). Apela también al testimonio de Galeno y de Pablo de Egina, a quienes en esto presta más fe que a Avicena; y así, entiende que la simiente del «lygus» es la que ha de emplearse en sustitución del «aspalathus». El «lygus» es nuestro sauzgatillo (*Vitex agnus-castus* L.).

* *Error de Avicena quien sostuvo que «alacoe alba» era el «amaracum».*

Sin salirse de la triaca, cuya importancia histórico-médica en Occidente no es momento de ponderar, resalta el error de Avicena sobre el amáraco, que en árabe sería «emerandre» y equivaldría al «alacoe alba». Explica, apostilla Leoniceno, lo obscuro por lo más obscuro todavía. Del «alacoe alba» Gentile dice que unos la identifican con la «camomilla alba», otros con la «matricaria» y otros, por fin, con la «cotula».

Mas, para Leoniceno, el amáraco no es otro que una planta olorosa parecida al «sampsycus», acorde con la exposición dioscorídea cuando señala, a propósito del «sampsycus», que se llama también amáraco. No parece errar Leoniceno si tenemos en cuenta que tanto el «sampsuchus» como el «amaracus» aluden a la *Maiorana hortensis* Moench.

* *Error de Avicena cuando manda mezclar en la teriaca «Allium silvestre» en vez de «Scordion».*

Recuerda Leoniceno que, en la primera versión que Avicena da de la teriaca, introduce «scordion», que luego, en la segunda, substituye por «allium silvestre»; se trata de un error justificable en su vulgaridad porque «scordion» es voz griega que significa «allium», lo que explica también que ese error se extienda a otros preparados. Pero conviene tener en cuenta, avisa Leoniceno, que una cosa es el «scordion agrion», es decir, el «allium silvestre», y otra distinta el «scordion herba». Y apela para confirmar tal diferencia a la autoridad de Dioscórides y de Galeno, para acabar con una consideración profunda: si basta equivocarse en un ingrediente para corromper la teriaca, ¿qué habremos de pensar de los que siguen a los árabes?

Leoniceno asocia el «scordion» que no es «allium» al *Teucrium scordium* L., que es la planta señalada en el libro tercero de Dioscórides, en cuyas palabras se escuda.

* *Error de Plinio a propósito de la planta «centunculus».*

Tras señalar los errores —botánicos, ofídicos y minerales— de la triaca transmitida por árabes y médicos seguidores de ellos, torna a Plinio. Como suele ser frecuente, comienza exponiendo el texto pliniano que quiere corregir, en este caso HN 24, 138⁴¹. Pasaje donde Plinio afirma que los griegos conocieron esa planta por «clematis». Supuesto que le niega Leoniceno, para quien se trataría del «gnaphilium». Vale resumir: el romano no supo identificar la planta.

El análisis actual le da la razón a Leoniceno; el «centunculus» es el *Gnaphalium* L., y eso es lo que describe Plinio con el nombre de «centunculus»; no obstante, el verdadero «gnaphilium» de Dioscórides bien podría ser la *Diotis maritima* Smith.

* *Error de Plinio a propósito de «lagine» y «lasine».*

De acuerdo con la exposición de Leoniceno, el romano nos habla de «lagine» en HN 24, 139, planta que coloca entre las clemátides. Anteriormente, en HN 22, 82, llamó «lasine» a la misma planta⁴². Se trata de la misma planta ya que produce los mismos efectos. De ello se infiere, prosigue Leoniceno, que Plinio fue víctima de la similaridad del término, hipótesis que abona la igualdad de efectos producidos.

No se equivocó en esto Leoniceno: la «lasine» de HN 22, 82 es nuestra *Convolvulus arvensis* L., y la «lagine» de HN 24, 139 es también *C. arvensis* L.

* *¿A qué remite el «tenue scamonium» del que habla Plinio?*

Es este apartado una coda al error anterior. Plinio sostiene que el «lagine» es llamado por algunos «echitis» y «tenue scamonium». Vi en ello, explica Leoniceno, un error de transcripción del código: en vez de «lagine» y «echitis» sería «elxine» y «eusine». E insiste en que no advierte que pueda aplicarse el «scamonium tenue» a otra planta que no sea la «helxine» (y «eusine») o «cissampelos» de los griegos.

Hoy corroboraríamos la apreciación de Leoniceno. El «scamonium» del capítulo 170 del libro 4 de la materia médica dioscoridea es el *Convolvulus arvensis* L., el mismo que la «helxine» y «eusine» del capítulo 36 de ese mismo libro cuarto. Recuerda Leoniceno que Plinio llama, en HN 21, 23, «convolvulus» a la helxine, y le da ese epíteto porque se trata de una planta que rodea a otras, razonamiento que se lee también en Dioscórides.

* *Sobre el «ligustrum», llamado «cypron» por los griegos, y el error en que caen algunos «litteratores» sobre la flor del mismo.*

La explicación del «convolvulus» le lleva, por asociación de ideas, a poner de manifiesto otro error, cometido en este caso por los que fían más de las palabras que del contenido que encierran. El yerro parte aquí de Simón de Génova, quien confunde la flor de «convolvulus» con la del «ligustrum». Los que así opinan traen a colación el texto de Virgilio: «alba ligustra cadunt.»

Pero, replica Leoniceno, el «ligustrum» es un arbusto, y aunque sus flores son blancas, difieren grandemente de las del «convolvulus». Los campesinos italianos lo llaman «lagustrum», corrupción de «ligustrum», y otros «caprifolium», porque las cabras se alimentan de sus hojas. No difiere mucho del «cypros» de los griegos o la «alcana» de los árabes. En consecuencia, el aligustre es una planta muy distinta del *Convolvulus arvensis* L.

El aligustre de Leoniceno es, en efecto, nuestro *Ligustrum vulgare* L. De ella se ocupa Dioscórides con el nombre de «kypros». Y se trata de la henna o alenna de los árabes. Mattioli y, luego Laguna, identificaron esas plantas, como se les había anticipado ya Leoniceno.

* *Error de Avicena al reunir bajo una misma planta muchas que difieren en su morfología y naturaleza.*

El examen pormenorizado de «convolvulus» parece motivar esta nueva vuelta a Avicena, reputado el «princeps» por los médicos de su tiempo. Título que pone en contraste agrio con la crítica siguiente. La que, según Dioscórides, llaman los romanos «auricula muris» y los griegos «myosotis», más «convolvulus», más «anagallis» y más «alsine», que son plantas que difieren en naturaleza y apariencia, son consideradas una sola por Avicena: «auricula muris».

Y si alguien objetara, en defensa de Avicena, que «auricula», «anagallis» y «alsine» pueden asimilarse a la primera porque sus hojas son como las orejas del ratón, tendrá que aceptar que eso no es cierto en el caso del «convolvulus», cuyas hojas semejan las de la hiedra. Más aún. ¿Por qué trata, pues, por separado la «anagallis» si luego atribuye sus propiedades a la «auricula»? (Este razonamiento de exigir coherencia lógica interna en la exposición de los temas hacía mella en los gramáticos de la época.)

Las cosas, esta vez, no son tan sencillas como en otras ocasiones. «Anagallis» puede ser la *Anagallis arvensis* L., especie linneana que traduce también a la «auricula muris». En esa identificación tendría razón Avicena. Pero no la poseería al sumar «convolvulus» (*Convolvulus arvensis* L.) o «alsine» (*Theligonum cynocrambe* L.). Ahora bien, la objeción a que alude Leoniceno que podrían plantearle los avicenistas no es del todo disparatada; dejando de lado «convolvulus», la «auricula muris» es, en ocasiones, *Cynocrambe prostata* Gaertner, especie idéntica a la «alsine» (la hemos identificado a ésta con *Theligonum cynocrambe* L., hoy llamada

también *Cynocrambe prostata* Gaertn.). Leoniceno da, sin embargo, una explicación adecuada del muraje (*Anagallis arvensis* L.) y de la división del mismo en macho (variedad *phoenicea*) y de la hembra (var. *coerulea*).

* *Error de Plinio por distinguir dos géneros de nombre «Personatia» cuando corresponden a uno solo.*

Plinio comete ese fallo en HN 25, 104 y 25, 113. Que son dos se corrobora con el distinto modo de empleo de uno y otro: uno se toma con vinagre y otro con vino. Ahora bien, arguye Leoniceno, si acudimos al criterio de autoridad (Dioscórides, Galeno y Paulo), vemos que se habla de un solo género de «personatia». Se trata de la «bardana» o «lapa maior».

Leoniceno tiene razón; la «personata» de HN 25, 104 es nuestra *Arctium lappa* L., especie linneana que corresponde también a la «persollata» de HN 25, 113. El nombre vulgar castellano es de lampazo mayor, por otra denominación también «bardana».

* *Error de Plinio que consiste en atribuir las propiedades de una planta a otra.*

El texto de referencia se encuentra en HN 15, 131, donde escribe que el «chamedaphne silvestris» consta de varias ramas; pasaje al que Leoniceno contrapone con HN 24, 132 donde dice que el «chamedaphne» posee sólo una rama. El error estaría, contradicción aparte, en que en HN 15, 131 Plinio no describe la «chamedaphne», sino la «daphne alejandrina» de Dioscórides.

Leoniceno tendría plena razón si estuviera pensando en «daphne» como *Ruscus hypophyllum* L. y en «chamedaphne» como *Ruscus racemosus* L. Aunque por los datos que se refieren resulta imposible ir más allá. Ni siquiera tras la respuesta a Hermolao⁴³.

* *Duda de Plinio a propósito de «Oxymirsine»: ¿se trata del «Myrtus agrestis» o del «Ruscus»?*

Para Leoniceno no había razón para dudar. Alude el de Vicenza al pasaje de HN 23, 165-166, donde el romano describe las propiedades y facultades del «myrtus sativa»; a continuación, detalla las del «myrtus agrestis» u «oxymirsine» de los griegos. Para apostillar: en el «myrtus», lo mismo que en otras muchas especies, la silvestre se distingue de la cultivada en razón de sus propiedades. Distingue también Plinio entre el «myrtus agrestis» y el «ruscus», aunque les atribuye idénticas propiedades. Pero, objeta Leoniceno, Plinio había identificado antes (HN, 23, 106) el «ruscus» con el «oxymirsine», identificación que, por otro lado, abona el propio Dioscórides. Por consiguiente, no cabe la menor duda de que el «ruscus» es el «myrtus agrestis» u «oxymirsine».

Leoniceno anduvo en lo cierto, una vez más. Los tres —«myrtus agrestis», «ruscus» y «oxymirsine»— no son otros, en los pasajes citados, y en el correspondiente de Dioscórides (4, 144), que el arrayán salvaje, *Ruscus aculeatus* L.

* *Craso error de Serapión cuando supone que la «Oxymirsine» es un arbusto que produce «cubebas».*

Si el error de Plinio se diluye en duda, ese mismo, en pluma de Serapión, merece el duro apelativo de «craso». Dice este autor, expone Leoniceno, que la «oxymirsine» es un árbol que produce el fruto llamado por los árabes «cubebe». Pero lo escribe frívolamente, sigue Leoniceno, ya que ni Galeno se ocupa de la oxymirsine, ni Dioscórides trata del «carpesion», que eso entienden los árabes con la palabra «cubebe». Y matiza más: una cosa es el «carpesion» y otra distinta la «oxymirsine»; de lo que se infiere que Serapión, confundiendo el fruto, confundió la planta que lo producía.

No sabemos a ciencia cierta a qué planta aludía Serapión, aunque parece que sería una cuya semilla fuera en grano, pero está al alcance de cualquier observador (o manual) que los frutos del rusco son bayas globulosas, con una o dos simientes, a modo de cerezas.

* *Nuevo error de Serapión, y también de Avicena, cuando iguala «carpesium» a «cubebe».*

Se abunda aquí en el error anterior. La palabra «carpesion» la trae Galeno, no Dioscórides. Pero una cosa es el sentido que le da el de Pérgamo, que lo asocia a una suerte de cañas finas, parecidas al phu, quizá la valeriana, si bien no todas las propiedades que Dioscórides otorga al phu pueden predicarse de la valeriana, y otra cosa distinta lo que los médicos árabes llaman «cubebe».

Sospechamos que el «carpesion» de los griegos podría ser la *Valeriana Dioscoridis* Sibth y, seguro, el phu es la *Valeriana phu* L. Si Leoniceno advirtió ya esa diferencia, es innegable su olfato botánico, como ya le reconociera Ruellius⁴⁴.

El «carpesion» es objeto de un nuevo apartado, esta vez para denostar a Avicena y a sus secuaces. Es un error, sostiene Leoniceno, que lo que Avicena predica del «cubebe» es lo que Plinio aplica al «carpesion». Por un argumento de autoridad: Galeno escribe que el «carpesion» posee las facultades de phu, aunque reconoce que la sustancia de sus partes sea más sutil; Avicena, por contra, defiende eso aunque entendiéndolo de la «rubea»⁴⁵. Prueba ello que Avicena no comprendió bien el sentir de los clásicos. Dando así por sobreentendido que una cosa era el phu (*Valeriana phu* L.) y otra planta distinta la rubia (*Rubia tinctorum* L.).

* *Error de Plinio sobre el árbol «milon».*

Este fallo pertenece a la réplica de Leoniceno a Hermolao (II, 26 r). Lo saca a la luz tras exponer otros errores de Teodoro de Gaza. Le echa en cara Leoniceno a Plinio que haya colocado el «milon» entre las especies de «melia» o «fraxinus». Es decir, haber confundido los términos griegos «mélia» y «mélos» (HN, 16, 62 y 64); y así, lo que Teofrasto predica del tejo (*Taxus baccata* L.) lo aplica Plinio al fresno (*Fraxinus oxycarpa* L.). Enmienda leonicea a la que se apunta, una vez más, nuestro Laguna: «Refiere Plinio que las hojas del fresno matan al animal no rumiante que las comiere, lo cual dijo Teofrasto, no de las hojas del fresno, sino de las del tejo. Ansí que se engañó Plinio por la grande afinidad de aquestos vocablos griegos, milos y melia, de los cuales el primero significa el tejo, y el segundo quiere decir el fresno; de suerte que entendió por el uno, el otro.» (I, 88).

* *Error de Plinio al creer que el «lolium» difería de «aera» y, de «aegilops», «avena».*

Leoniceno empieza indicando que la «aera» constituía una gramínea parecida a la que nosotros llamamos «lolium», descripción que apuntala en Dioscórides y Aristóteles al detallar las propiedades. Aduce luego el texto donde Plinio las confunde (HN 18, 155-156). Y lo que afirma de «aera» y «lolium» vale para «avena» y «aegilops». Por contra Galeno, recuerda Leoniceno, sostiene en el libro primero de *De alimentis* que «lolium» degenera en «era» y el «ordeum» degenera en «aegilops». Así, pues, «lolium» es lo mismo que «aera» y «aegilops» lo mismo que «avena», que era lo que se pretendía demostrar⁴⁶.

Tiene razón Leoniceno cuando señala que ambos, «aera» y «lolium» (HN 18, 155) son la misma especie, nuestra *Lolium temulentum* L. La «aegilops» de HN 18, 155 es nuestra *Aegilops ovata* L., gramínea como la «avena» de Hn, 18, 149, que corresponde a *Avena sativa* L.

A las plantas que «degeneraban» llámales Leoniceno «vitia»; éstas serían, en efecto, degeneración de las especies domésticas o prototípicas⁴⁷. El proceso opuesto, de plantas degeneradas a prototípicas, y en general el tránsito de una especie a otra, es una vieja cuestión botánica no bien estudiada todavía, que arranca de Teofrasto y que fue especialmente desarrollada por Alberto Magno. Leoniceno, aunque fallara en última instancia, la plantea del mejor modo posible: por experimentación⁴⁸.

* *Error de Plinio cuando supone que el «nardus caeltica» es planta distinta de la «saliunca».*

Lo que Plinio llama «nardus gallica», señala Leoniceno, es la «nardus celtica» que leemos en Dioscórides; lo que se reafirma por la común descripción que ambos aportan. Plinio, sin embargo, distingue la «nardus gallica» (HN 12, 44-45) de la «saliunca» (HN 21, 43). Pero ya

hemos dicho que Dioscórides las identifica en la descripción. Por consiguiente, se trata de la misma.

Aparte del argumento de autoridad que le avala, y con el que se siente satisfecho, Leoniceno anduvo en razón una vez más. La «nardus gallica» de HN 12, 45 no parece ser otra que la *Valeriana celtica* L. y la «saliunca» de HN 21, 43, también la *V. celtica* L.

* *Error de Plinio en lo concerniente a «sium» y «silaus».*

Sigue la muestra de errores donde se distingue lo que es idéntico. Aporta Leoniceno el texto de HN 22, 84 sobre el «sium», donde el romano coincide en asignarle las mismas propiedades que le concede Dioscórides en su libro II (capítulo 111). Más tarde, recuerda Leoniceno, se ocupa del «silaus» (HN 26, 88). A ambas le predica casi las mismas propiedades. Es obvio, pues, que en ambos pasajes Plinio se refiere a la misma planta, aunque las trata por separado como si fueran distintas.

Le asiste de nuevo la razón a Leoniceno. Verosíblemente, el «sium» de HN 22,84 es nuestro *Sium angustifolium* L., la misma planta que el «silaus» de HN 26, 88. La repuesta a Hermolao⁴⁹ le permite aclarar mejor su pensamiento y distinguir entre el *S. angustifolium* y el *Nasturtium officinale* Robert Brown.

* *Error de los médicos a propósito de «armel», que se mezcla en las píldoras de «hermodactylis», pensando que se trataba de la cicuta.*

Leoniceno ataca aquí a Matteo Silvatico y sus seguidores. Tras revelar groseras confusiones de plantas, y disculparlas porque no atentan contra la vida, se muestra especialmente duro en su recriminación por la confusión de la semilla de la ruda silvestre con la semilla de la cicuta («quam nemo ignorat esse venenum», I, 19 r). No se trata de mera cuestión de acentos o de haches; porque, en efecto, harmel, con hache, es cicuta en árabe; armel, sin hache, es ruda silvestre en árabe. De hilo tan fino depende la vida de una persona.

La hármla es, efectivamente, la ruda silvestre (*Peganum harmala* L.). A la develación de ese gazapo peligroso se apuntaron Mattioli y, con él, Laguna.

* *Irresolución de Avicena en su exposición del «napellum», «turдум» y «sturnum».*

La vital importancia de la cicuta le hace insistir en otro error relativo a la planta, proveniente esta vez de Avicena. De ella dice unas veces que tiene las hojas del «cucumber», otras de la mandrágora, aquí le llama «succara», allí «alpharas» cuando no «hyosciamum nigrum». (Para Leoniceno, la falta de coherencia, lo hemos visto repetidamente, constituye una prueba de ignorancia.) En efecto, en su segundo libro sobre simples, bajo el epígrafe de «succara» describe la cicuta y le atribuye los efectos a la «succara» que Dioscórides dispensa a la cicuta. En el libro IV de ese mismo libro, Avicena llama a la cicuta «alphaphars» y dice que es un «napellum» o veneno que mata al hombre, pero no al tordo. Y agrega lo que Galeno reconoce en la cicuta con respecto a los estorninos, pero no del «napellum» y los tordos.

Así pues, se queja, tengan delante el libro de Galeno (tercero de los simples) y sépanlo los médicos que tanto fían en Avicena y no han acudido a la observación para comprobarlo; esa falta de trato directo con la naturaleza queda puesta al descubierto porque se comprueba que los médicos no saben qué sea el «napellum», al no explicarlo Avicena. Los signos que el árabe pone sobre los efectos producidos por el «napellum» son los que Dioscórides y Pablo atribuyen a los que beben un tóxico. Pero la contumacia de Avicena no tiene fin y, más abajo, usa «tusson» corrompiendo la voz «toxicon». En definitiva, Avicena no conoció ni el nombre ni la cosa.

¿Cómo se han comportado los médicos? De acuerdo con el autor de las Pandectas, y es creído por casi todos los médicos, el «napellum» sería una especie de acónito. Pero ello no puede inferirse de la sentencia de Avicena. Además, Galeno distingue dos tipos de acónito, uno que mata los lobos («lycotus») y otro que mata panteras («pardalianches»), y en ello le

sigue Avicena, si bien distingue ambos del «napellum». De lo cual podemos deducir que Avicena desconoce las hierbas dañinas igual que las beneficiosas. Por tanto, ¿qué nos puede enseñar en evitar venenos o en prescribir remedios?

Es probable que el «napellum» de que habla Leoniceno sea *Aconitum napellus* L., planta de la que se ocupa Dioscórides. Resulta arriesgado matizar más en un punto cuyo interés principal, de Leoniceno, es poner en contradicción consigo mismo a Avicena y, por ende, a los médicos que le siguen.

* *Error de Avicena cuando llama al «hyosciamum nigrum» «cicuta».*

En tema tan importante, Leoniceno se esfuerza en atar varios cabos. Señala aquí cómo Avicena, al tratar de los venenos (en el libro cuarto de los simples), llama a la cicuta «hyosciamum nigrum»; las notas que atribuye a esta planta y los remedios que contra la misma prescribe son los que Dioscórides y Pablo reseñan para la cicuta. Por consiguiente, Avicena desconoció y anduvo perplejo en la naturaleza de la cicuta.

Es superfluo corroborar la distinción entre cicuta (*Conium maculatum* L.) y el beleño negro (*Hyoscyamus niger* L.); las semillas del segundo entraban en la composición de la teriaca.

* *Error de Avicena quien confundió la goma de la ruda silvestre con el veneno de la «ixia».*

Este postrer error de goma remite también a la confusión de venenos. Avicena puso las notas y remedios de la goma de la ruda silvestre o montana en lo que Dioscórides, Paulo y Nicandro afirman de la «ixiasa». Avicena, resuelve Leoniceno, confunde la ruda silvestre, que no exuda ninguna goma, con la ixiasa.

La «ixia» dioscorídea es nuestra ajonjera (*Atractylis gummifera* L.). De la ajonjera se extrae un visco, el ajonje, exudado por el receptáculo florífero de la planta y que rezuma por entre las brácteas involucrales para acumularse en torno a la cabezuela, encima de la raíz.

Cerramos aquí la exposición de los errores. En el opúsculo III aporta todavía algunas precisiones sobre otras especies. Por ejemplo, sobre la estrellamar (*Plantago coronopus* L.), erróneamente interpretada —y recetada— por los médicos seguidores de Avicena. Una vez más, también Mattioli y Laguna se hacen eco sin citarlo. Dejamos nuestro elenco a sabiendas de que, asimismo, merece un comentario más detenido el opúsculo cuarto, donde sale al paso de varios errores de los árabes que importan seriamente a la vida, por tratarse, en su mayoría de venenos. Le explica a Girolamo Menocchio la naturaleza de la «cassia fistula» (IV, 85 r—86 v). Dice que el sen no la trae Dioscórides y por ende no hay que buscarla en él: si la conoció, no la reputó medicinal. Resultaría obligado aclarar la naturaleza de lo que entendía por «cassia «lignea», «ixia» (verosíblemente *Atractylis gummifera* L.), mezereon (nuestro *Daphne mezereum* L.), «tapsia» (hoy *Thapsia garganica* L.), «turbit» (*Ipomoea turpethum* R. Brown), la berza marina (*Calystegia soldanella* R. Brown), la buglosa (*Anchusa azurea* Miller) que Leoniceno confunde con la borraja (*Borago officinalis* L.), confundiendo a su vez a Mattioli y Laguna, la cerraja o «cicerbita» (*Sonchus oleraceus* L.) y las almortas o «ciceriae» (*Lathyrus sativus* L.).

La revelación de los errores de Plinio supuso un auténtico seísmo para la materia médica renacentista, cuyo efecto, deseado por nuestro autor, fue despertar el necesario interés por la herborización directa que luego harán suyo, hasta la exclusividad, los padres de la botánica centroeuropea, y cuyo alcance, no buscado por Leoniceno, sería, andando el tiempo, el desprestigio del romano en la historia de la ciencia.

Notas

1. GARIN, Eugenio. 1973. *Ritratti di umanisti*. Sansoni. Firenze, la ristampa, 1973; pp. 131-162.
2. Véase BYLEBYL, Jerome J. 1973: Nicolò Leoniceno (1428-1524). *DSB* 8: 248-250.

3. Del fenómeno helenista en el Renacimiento se ha ocupado, entre otros, R. K. French. Véase: FRENCH, R. K. 1986. Pliny and Renaissance Medicine. En *Science in the Early Roman Empire: Pliny the Elder, his Sources and Influence*. London: 252-281.
4. Reproducido en SUDHOFF, Karl and Charles Singer. 1925. *The earliest printed literature on syphilis, being ten tractates from the years 1495-1498: in complete facsimile with an introduction and other accessory material*. Florence: Liep. pp. XXIX-XXXI, 117-182.
5. Bylebyl, en cuya biografía de Leoniceno hallará el lector un sumario resumen de su vida y bibliografía, cita otra obra de autor incierto: *Medicini Romani Nicolai Leoniceni antisiphia* (Bologna, 1519).
6. Cfrt. DURLING, Richard J. 1961. *A chronological census of Renaissance editions and translations of Galen*. J. Warburg and Courtauld Inst. 24: 230-305.
7. Cfrt.: *Eiusdem Nicolai de Plinii, et plurium aliorum medicorum erroribus novum opus ad Franciscum Tottum medicum lucensem*. Ferrara 1509, p. 67 r. En adelante, abreviaremos este opúsculo con la cifra romana III. Lo que mueve a Leoniceno en la traducción de Galeno es la educación de los jóvenes médicos que se hallan en el caos y la confusión de las doctrinas de los árabes y sus seguidores escolásticos: «Quare diligentius considerantibus doctrina Avicennae cum tot expositioribus, qui partim alii ab aliis, partim iidem a se ipsis, in variis locis discordant, chaos quoddam videri possit, qua confusionis obscuritate nihil possit esse humanae vitae periculosius. Nos sane ad hanc amovendam, atque extirpandam, et nostrae aetatis hominibus lucem aliquam veritatis aperiendam, partim librorum Galeni medicorum principis translationibus, partim in eosdem commentationibus, die, noctuque laboramus...» (III, 74 r.)
8. Aquí manejaremos la edición de 1546, que se conserva en el Instituto Botánico de Barcelona.
9. VITALIANI, DOMENICO. 1892. *Della vita e delle opere di Nicolò Leoniceno Vicentino*. Verona: Sordomuti.
10. Nicolò Leoniceno. *De Plinii in medicina erroribus*. A cura di... Milano: Edizione de «Il Giardino di Esculapio», 1958.
11. Stanford, 1983, pp. 528-543; con las notas aclaratorias y correctoras, amén de un extenso apéndice bibliográfico de los editores del mismo.
12. THORNDIKE, Lynn. 1934. *A History of Magic and Experimental Science*, IV. Nueva York: 593-610; CASTIGLIONI, A. 1953. The School of Ferrara and the Controversy on Plinii, en E. A. Underwood, ed., *Science, Medicine, and History*, I: 269-279; SANTORO, M. 1956. La polemica pliniana fra il Leoniceno e Il Collenuccio, *Filologia romanza*, CIII: 162-205; KUDLIEN, F. 1965. Zwei medizinisch-philologische Polemiken am Ende des 15. Jahrhunderts, *Gesnerus* 22: 85-92. FRENCH, R. K. 1986. Pliny and Renaissance Medicine, en *Science in the Early Roman Empire: Pliny the Elder, his Sources and Influence*, Roger French and Frank Greenway (eds.). London: 252-281. Para introducirse en la influencia de Leoniceno en los médicos botánicos, véase: SAMOGGIA, Luigi. 1964. Le ripercussioni in Germania dell'indirizzo filológico-medico leoniceniano della scuola ferrarese per opera di Leonardo Fuchs, *Quaderni di storia della scienza e della medicina* IV: 1-41. Richard J. Durling había ya llamado la atención sobre la parte que le cupo a Leoniceno en la reactivación del galenismo en las primeras páginas del artículo citado. Por su parte, Neal Ward Gilbert se adentró en el método empleado por nuestro autor en *Renaissance concepts of method*—Nueva York, Columbia University Press, 1960: 102-104; aspecto éste en el que Premuda ha insistido: PREMUDA, Loris. 1963. Un discepolo di Leoniceno tra filologia ed empirismo: G. Manardo e il «libero esame» dei classici della medicina in funzione di più spregiudicati orientamenti metodologici, en *Atti del convegno internazionale per la celebrazione del V centenario della nascita di Giovanni Manardo. 1462-1536*. Ferrara; Università degli Studi di Ferrara: 43-56. Por último, para familiarizarse con los fondos manuscritos existentes de Leoniceno resulta provechoso dejarse guiar por Paul Oskar Kristeller (comp.): *Iter italicum, a finding of uncatalogued humanistic manuscripts of the Renaissance in Italian and other libraries*; Londres, Warburg Institute, 1963-1967.
13. II, 25 v –26 r. «Theodorum in suis translationibus dormire». (III, 58 r).
14. «Theodori errores ex Plinii autoritate» (II, 26 r).
15. «Ego igitur non adeo de nomine, quam de re ipsa a Plinio dissensi.» (II, 34 v).
16. POLITIANUS, loc. cit., p. 36.
17. POLITIANUS, loc. cit. p. 37.
18. POLITIANUS, loc. cit. pp. 38-39.
19. Cfrt. LUNGO, I. del. 1867. *Prose volgari inedite e poesia latine e greche edite e inedite*. Firenze, Barbera, p. 87.

20. BARBARO, Hermolao. 1492. *Castigationes Plinianae*. Romae. IDEM. 1493. *Secundae castigationes*. Romae. Otra obra de interés: *Hermolai Barbari, Patricii Veneti et Aquiliensis Patriarchae in Dioscoridem corollariorum libri quinque*. Coloniae, apud Joh. Sotorem, 1530.
21. *Pliniana Defensio Pandulfi Collenucii Pisaurensis Iurisconsulti adversus Nicolai Leonicensi Accusationem*, Ferrara, sin fecha, ¿finales de 1492-principios de 1493?
22. Cf. SARTON, G. S. 1955. *The Appreciation of Ancient and Medieval Science during the Renaissance (1450-1600)*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
23. «...et divinam quod negari non potest, elocutionem.» (III, 35 v).
24. «Lamentatio de morte Hermolae. Vix haec in mei defensionem responderam, cum sane luctuosus sane nuncius hominum perculit aures, insignem illam, ac singularem doctrinam, Illud immortalitate dignum ingenium, illam divinam potius, quam humanam Hermolai virtutem nobis immatura morte praereptam. O vana hominum studia, O labores irritos, O inanes lucubrationes, quae saepe in medio cursu interrumpuntur. Multa ille dum vixit omnimode doctrinae opera, dum nihil aliud diebus ac noctibus meditaretur, nisi quod re latina amplificaret, in lucem ediderat. Sed multo plura inchoata, atque imperfecta reliquit, quae nisi mors occupasset, propediem erat absoluturus. Quis non decrudeli fato, atque impio conqueratur, quod nobis tot quos prior Hermolai vita germinaverat, fructus antequam maturescerent interceptit...» (II, 34 v – 35 r).
25. «Ego autem illud certe scio multos quos vidi, et quidem antiquos Dioscoridis codices». (II, 32 r). O incluso corregir los códices corrompidos del latino: «romana nomina diligentius inspiciamus, ut si qua eorum sint depravata, corrigamus, atque inde ad eius quam quaerimus herbae noticiam perveniamus.» (III, 50 v).
26. «ut communi hominum saluti consulerem in vehendum pariter duxerim», I, 21 v, sentencia, para resumir lo que ha repetido varias veces hasta entonces y habrá de insistir más adelante.
27. «atque ab ipsa rerum parente natura dissentire mihi visi sunt.» (I, 21 v). Cf. et. III, 46 v: «Ego sane testor me frequenter vidisse...»; y «Ego quidem diu, multumque laboravi, ut haerbam virentem viderem, cuius radix Turbit nuncupatur». (IV, 92 r).
28. *Angeli Politiani Operum. Tomus primus. Epistolarum libros XII, ac Miscellaneorum Centuriam I, complectens*. (Lugduni, apud Seb. Gryphium, 1546; pp. 44-47).
29. Trabajamos con la edición de la Loeb: *Pliny Natural History in ten volumes*. Harvard University Press.
30. LAGUNA, Andrés de. 1570. *Pedacio Dioscórides Anarzabeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*; (3, 111). Es la edición que hemos manejado, aceptada comúnmente como más acabada que la primera de 1555.
31. Si no se indica lo contrario, las citas de Dioscórides corresponden a la edición de Max Wellmann. 1958. *Pedacii Dioscoridis Anarzabei De materia medica libri quinque*. Berlín.
32. FONT QUER, Pío. 1989. *El Dioscórides renovado*. Barcelona. ANDRÉ, Jacques. 1985. *Les noms des plantes dans la Rome antique*. París. Ambos han sido los mentores de fondo de este trabajo.
33. «Empetros, quam nostri calcifragam vocant, nascitur in montibus maritimis, fero in saxo. quae propius mari fuit salsa est potaque trahit bilem ac pituitas, quae longius magisque terrena amarior sentitur. trahit aquam, sumitur autem in iure aliquo aut in hydromelite, vetustate vires perdit, recens urinas ciet decoctum in aqua vel tritum calculos frangit. qui fidem promisso huic quaerunt, adfirmant lapillos qui subfervefiant una rumpi». (HN 27, 75).
34. HN 21, 176: Parthenium alii leucanthes, alii amarum vocant, Celsus apud nos perdicium et muralem. nascitur in hortorum saepibus, flore albo, odore mali, sapore amaro. ad insidendum decocta in duritia vulvarum et inflammationibus, sicca cum melle et aceto inposita billem detrahit atram. ob hoc contra vertigines utilis et calculosis. inlinitur et sacro igni, item strumis cum axungia inveterata. Magi contra tertianas sinistra manu evelli eam iubent dicitur cuius causa vellatur nec respicere, dein eius folium aegri linguae subicere ut mox in cyatho aquae devoretur.» HN 22, 41: «Helxinen aliqui perdicium vocant, quoniam perdices ea praecipues vescantur, alii sideritem, nonnulli parthenium. folia habet mixtae similitudinis plantagini, et marruvio, cauliculos densos, leviter rubentes, semina in capitibus lappaceis adherentia vestibus, unde et helxinen dictam volunt. sed nos qualis vera esset helxine diximus priore libro.» HN 22, 43-44: «Perdicium sive parthenium sive etiam sideritis alia est; ab nostris herba urceolaris vocatur, ab aliis asterum; folio similis ocimo, nigrior tantum, nascens in tegulis parietinisque. medetur cum mica salis trita iisdem omnibus quibus lamium, et eodem modo, item vomicae calfacto suco pota, sed contra vulsa, rupta lapsusque et paecipitia, et vehicolarum eversionis singularis. verna carus Pericli Atheniensium principi, cum is in arce templum aedificaret repsissetque

super altitudinem fastigii et inde cecidisset, haec herba dicitur sanatus monstrata Pericli somnio a Minerva, quae parthenium vocari coepta est adsinaturque ei deae. hic est vernula cuius effigies ex aere fusa est nobilis ille splanchnoptes.»

35. «Plinium etiam non tantum nominum sed rerum quoque ipsarum similitudo aliquando deceptit.» (I, 6 r).

36. En II, 24 r trae a colación el texto de Paulo, tomado del «quarto sui de medicina libri volumine in quo agit de simplicibus medicaminibus».

37. «Plinium in eundem errorem incidisse in quem lapsus est Avicenna, cum in suo de simplicibus medicaminibus libro herbam ex quo fit ladanum hederæ speciem significavit.» (I, 8 r)

38. HN 24,81; 26,49; 26,81, etc.

39. «Ex quibus verbis (Matthei, auctoris Pandectarum) innuere isatim quam ipse vitiose esati appellat, esse radiculam illam, cuius adeo succum in purgandis lanis, nisi Plinius libro XIX extollit, nisi quod postmodum proprietates subscribit, quae non sunt radicae seu herbae fulonum, sed isatidis potius, id est, herbae tinctorum propriae (I, 10v– 11r).

40. En respuesta a Hermolao (II, 32 v) admitirá que Nicandro pudo distinguir entre «alcibium» y «echis», pero no ve que eso mine su argumentación.

41. «Nunc subtexemus herbas mirabiles quidem, sed minus claras, nobilibus in sequentia volumina dilatis. Centunculum vocant nostri, foliis ad similitudinem capitis paenularum, iacentem in arvis, Graeci clematidem egregii effectus ad sistendam alvum in vino austero. idem sanguinem sistit tritus oxymelitis aut aquae calidae cyathis quinque denarii unius pondere, sic et ad secundas mulierum efficax.»

42. Leoniceno transcribe aquí mal el texto; en realidad debiera decir «iasine». En la réplica a Hermolao, le acepta que se trate de una corrupción del código y no sea, pues, culpa del denostado (II, 33 r).

43. II, 29 r.

44. «vir acri ingenio et emunctissima nare...» (RUELLIUS, Joannes. 1536. *De natura stirpium libri tres*, III. 9).

45. «Cubebae quid est eius virtus, est similis Rubeae verum tamen est subtilior». (I, 17 v).

46. Esta argumentación la repetirá contra los ataques del «Plinii patronus» (III, 37 r y ss.).

47. «in aliis plerisque frugibus atque earum vitiiis in quibus nomina latina non deerant sicuti in frumento, ordeo, et avena...» (I, 17 v).

48. III, 39 v.

49. II, 33 v – 34